

La mesa del domingo

*www.seculorum.es. Tertia Opera. Año XIV N° 27
Domingo XII Ordinario. Ciclo -B- 21 de junio de 2015*

SIN JESÚS, LA ZOZOBRA; CON JESÚS, LA CALMA

El evangelio de Marcos nos sitúa este domingo al final del capítulo cuarto. En los versículos anteriores, Jesús ha pronunciado un gran discurso en parábolas junto al lago, sentado en una barca ante una multitud. El versículo anterior al relato de la tempestad calmada nos previene de que “a sus propios discípulos, sin embargo, se lo explicaba todo en privado”.

El pasaje que nos ocupa hoy tiene un alto contenido simbólico y distintas claves para comprender su significado. La exégesis católica coincide en que hay una realidad en el trasfondo de los elementos que difícilmente puede entenderse sin la pertinente explicación. Lo primero de todo es caer en la cuenta de que Jesús está en la orilla de Israel en el lago de Galilea y que ahora propone ir a la otra orilla; es decir, a la orilla pagana del lago, en la Decápolis. En segundo lugar conviene caer en la cuenta de las dos referencias temporales consecutivas que dice el evangelista al introducir la narración: “Aquel día, al atardecer”. En la concepción judía del tiempo, el atardecer marca ya el día siguiente, pero Marcos enfatiza que, después de haber atardecido, sigue siendo el mismo día, concepción griega del tiempo. Nos sitúa, por tanto, en clave pagana para aplicársela a todo el relato. Los discípulos se lo llevan, por su cuenta, sin contar con él, en la misma barca en que se encontraba. Menciona la barca en singular: la de los discípulos. Hay una rebeldía de los discípulos por retener a Jesús, una resistencia a ir a tierras paganas. La resistencia viene marcada por el carácter nacionalista judío. El resto de la gente va en “otras barcas” (pluralidad y universalidad). Todo el relato tiene un marcado contenido de trasfondo pascual; es decir, evoca hacia el futuro la misión de los discípulos de evangelizar en el mundo pagano después de la muerte y resurrección de Jesús. Jesús aparece dormido, desentendido de los discípulos. El almohadón habla de la pieza que levantaba la cabeza de los cadáveres en el sepulcro. La popa es el lugar del timonel, pero Jesús no conduce esa barca; su sueño es intencionado porque los discípulos lo han anulado al arrebatarlo por su cuenta en su propia barca, casi secuestrado. En estas condiciones, se desata la tempestad. Los discípulos no son capaces de mantener su barca a flote y temen.

La situación evoca el sueño de Jonás cuando se duerme en la bodega del barco y se desata una violenta tormenta cuando él se niega a hacer lo que Dios le pide. En nuestro relato, desde el punto de vista literario, el viento representa la fuerza del judaísmo y el mar es el mundo pagano. La tempestad la desata la intransigencia del nacionalismo judío que se resiste a abrirse al mundo de los gentiles. El mar, el mundo de los gentiles, solo se agita por la fuerza impositiva e intolerante del activismo judío. Ahora, los discípulos no saben contener ni dominar la situación y acuden a Jesús con un reproche. Lo llaman “Maestro”.

Marcos ha evitado pronunciar el nombre de Jesús desde la introducción. Con ello acentúa su ausencia en el planteamiento del relato: Jesús no tiene nada que ver ni con el nacionalismo judío ni con las peleas entre judíos y paganos. Lo más probable es que el evangelista esté plasmando aquí la realidad que ha visto y ha vivido en sus comunidades: las tensiones entre los judaizantes y los cristianos provenientes del mundo pagano. Los discípulos ya han probado lo que es estar sin Jesús (con Jesús ausente) y la situación se les va de las manos porque la barca (su barca, la de ellos) se llena de agua. Solo recurren a Jesús ante la emergencia del desastre que se avecina. Jesús se ha mostrado impasible hasta que han querido contar con él y ahora actúa. Increpa al judaísmo (el viento) y manda callar a los paganos (mar). La calma llega por la actuación de Jesús. Ahora el reproche es de Jesús hacia los discípulos: “¿Aún no tenéis fe?” Pero solo aumenta el desconcierto entre ellos, que ahora se preguntan lo mismo que sus paisanos en la sinagoga de Nazaret: “¿Pero quién es este?” La distancia entre Jesús y los discípulos es infinita.

El relato de la tempestad calmada es, en realidad, la narración del pulso que existe entre los judaizantes y los convertidos del mundo pagano en las primeras comunidades cristianas. Es también el deseo del judaísmo de apropiarse del favor de Dios y de negarlo a otros pueblos con el pretexto de ser el pueblo escogido. Asimismo, es el relato de lo perdido que se va cuando se quiere dominar a Jesús, puesto que es entonces cuando Jesús se ausenta. Anular a Jesús es ir por tu cuenta.

No podemos sino preguntarnos acerca de si Jesús ocupa la centralidad de nuestra vida y de nuestra misión. Cuidado, porque la misión la tiene que marcar Jesús, de lo contrario, él estará ausente. En nuestros planes, en nuestras programaciones, en nuestros fines y métodos, ¿estamos contando con Jesús o vamos por libre? Nos quejamos a menudo de que nuestras iglesias se vacían, de que no hay continuidad o relevo generacional en nuestros grupos, en nuestros movimientos apostólicos... ¿Son cosa de Jesús o son empeño exclusivamente nuestro? A veces puede dar la impresión de que hacemos las cosas con la excusa de Jesús pero las hacemos sin contar con él, cosas que son pura tozudez nuestra y de nadie más. ¿Dejamos a Jesús llevar la iniciativa de nuestra tarea evangelizadora? ¿Esa tarea está al servicio de Jesús o hay intereses nuestros detrás de ella?

Desde la llegada de S. S. Francisco al papado, la Iglesia empieza a poner más el acento en el anuncio que en la moral, en la misericordia que en el juicio y la condena. ¿Estamos convencidos también de esto o somos de los que criticamos al Papa y nos apartamos de la acción del Espíritu Santo que el Pontífice nos muestra con tanta frecuencia? ¿Quién está al timón de nuestras actitudes: es Jesús o el Espíritu Santo, es nuestro grupo, o, en realidad, somos nosotros mismos? ¿O es que todavía no sabemos quién es Jesús y seguimos preguntándonos, espantados, quién es porque lo desconocemos? Nuestras tormentas las provocamos nosotros mismos la mayoría de las veces. Lo que tenemos que hacer es dejarnos guiar por Jesús y tener una mente abierta, como la suya, a que Dios sea el Padre de todos, y vivirlo con gozo.

P. JUAN SEGURA

www.seculorum.es